

## ¿LA POLÍTICA COMO TAL?

Francis Mulhern es, entre sus otros muchos dones, un astuto analista del estilo, de los pequeños tics que delatan una agenda inconsciente, la retracción o salvedad defensiva de lo que un argumento parece estar especificando en su primer orden de afirmación. Así que la reivindicación de «cambio emancipador» hecha por los estudios culturales —objeto de la crítica de Mulhern en *Culture/Metaculture* y tema de una serie de intercambios publicada en esta revista— está para él señalada por la preferencia de versiones de la frase descriptiva-imperativa *ya no [no longer]*<sup>1</sup>. Stuart Hall, que se resiste tanto como cualquiera de los analizados en el libro (aunque no lo suficiente) a sobrevalorar los estudios culturales, tiende a una «densidad de la modificación» que hace lo opuesto de lo que parece hacer: es una forma de «no llegar al asunto» y constituye, por consiguiente, «la figura engañosa de la evasión teórica». Es dado a «la temporalización compulsiva de la lógica, que concede a modificadores discursivos como *ahora [now]* y *ya no [no longer]* la categoría de pruebas de la verdad» e indica «una perspectiva en la que la novedad se ha convertido en valor en sí misma e incluso en fuerza cultural autónoma».

Mulhern también capta astutamente la acumulación incansable y educada de oraciones subjuntivas y subordinadas que su interlocutor y crítico Stefan Collini ofreció recientemente en estas páginas como voz de la dulce persuasión: la retórica del hombre acomodaticio en su convicción de que nadie es inmune al atractivo de la conversación y de los buenos sentimientos. La afirmación poco convincente que hace Collini de que él y Mulhern parecen «atraídos por un tono similar o una actitud literaria al

---

<sup>1</sup> Francis MULHERN, *Culture/Metaculture*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 162, 127 y 118. En las pp. 114-115, Mulhern analiza el contexto en el que tomó forma este aspecto de la obra de Hall: los debates sobre «los nuevos tiempos» que se publicaron en *Marxism Today*, centrados en los cambios culturales que acompañaron el paso a un modo de producción que ya no era fordista. Véase también Stefan COLLINI, «Hablemos de cultura», *NLR* 7 (marzo-abril de 2001); Francis MULHERN, «Más allá de la metacultura», *NLR* 16 (septiembre-octubre de 2002); Stefan Collini, «En defensa de la crítica cultural», *NLR* 18 (enero-febrero de 2003); Francis Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», *NLR* 23 (noviembre-diciembre de 2003) y Stefan Collini, «Acerca de la variedad; y de la persuasión», *NLR* 27 (julio-agosto de 2004).

analizar estas cuestiones, incluido un gusto por ciertos tipos de ironía intelectual» no podía dejar de propiciar que Mulhern se extendiera en la presentación de algunas de sus prominentes diferencias<sup>2</sup>. Collini es para él el celebrante de la «voz», alguien para quien «la proposición [*utterance*], no el enunciado [*statement*]», es la prioridad del análisis, devoto y practicante de un estilo ensayístico que evade todo lo que pudiera tomarse por absoluto y que usa los cimientos biográficos para insertar todas las posiciones en las complejas y sobredeterminadas condiciones de la vida real. El modelo es conversacional, da «prioridad a los valores compartidos sobre los debatidos», y supone la existencia real o potencial de una «compañía» de espíritus afines. En opinión de Mulhern, para Collini, «las ideas cuentan menos que las voces que las hacen circular y que las sensibilidades que las hacen variar de textura»<sup>3</sup>.

### *Práctica y praxis*

A continuación y como era de esperar, recibimos la respuesta de Collini, de título mordaz, que comenta, de manera bastante insincera, que «hay algo en mis obras que frustra e irrita a Mulhern», algo que lo hace responder de una manera que «no hace avanzar el debate»<sup>4</sup>. Collini, declarándose modestamente «menos confiado y menos convencido de la dirección de mi pensamiento de lo que el propio Mulhern parece haber estado desde una fase más precoz», avanza hacia una defensa resonante de la sociabilidad y de la conversación como tácticas críticas que pueden correr el riesgo de presentar una «falta aparente de enfoque o de fuerza teórica» pero que al fin hacen más justicia a la rica textura de un mundo que para él se refleja mejor «en esa confusa zona de compromiso, de alcance intermedio, en la que se produce el debate público serio» usando «todos los recursos» de los que disponemos. El modo es, de hecho, conversacional, y el enemigo es –adivinen– la teoría, aceptable para Collini como jugador de equipo en una amplia lista de nombres, pero no como árbitro. Todos somos jugadores, nadie hace las reglas, y el juego nunca termina. Esto es lo que Collini denomina «práctica», un término que absorbe y desvía la *praxis* más polémica que se esconde tras el argumento de Mulhern, y que esboza la perspectiva de intervenciones más decisivas que las que se pueden contener en meras conversaciones continuadas<sup>5</sup>.

La defensa que Collini hace de la conversación como práctica crítica (y viceversa) pone fin a un dilatado intercambio en el que la cuestión de estilo sale cada vez más a relucir, no sólo como área de fricción persistente sino también como parte importante del fondo de los diversos desacuerdos expuestos. Mulhern y Collini son productivos y convincentes

<sup>2</sup> S. Collini, «En defensa de la crítica cultural», cit., p. 121.

<sup>3</sup> F. Mulhern, «Qué es la crítica cultural», cit., pp. 40-45.

<sup>4</sup> S. Collini, «Acerca de la variedad; y de la persuasión», cit., p. 70

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 71-72 y 86-87.

intelectuales en activo. Escriben libros, reseñas y periodismo culto para otros como ellos. Son también profesores universitarios. Su estilo es su marca registrada, el perfil personalizado que proyectan como portador de sus significados e intenciones y como sustancia de aquello que sus alumnos pudieran elegir de modelo para sí mismos. Es decir, el estilo figura como una herramienta importante de su trabajo, y personifica la imagen de ambos en su lugar de trabajo. Así ocurre con los intelectuales. Los debates sobre el estilo son intensos al menos desde la recepción británica de Kant y Hegel, y en la reacción agresiva adoptada contra ellos por los filósofos del sentido común y, después, aunque con fines distintos, por el movimiento partidario del «lenguaje ordinario». Sabido es que la dificultad de estilo era, en opinión de Adorno, un arma para desenmascarar una cultura de las comunicaciones corrupta que se basa en unos medios de comunicación de masas y en una ideología disfrazada de lengua común. Hace unos años, un brillante ensayo de Terry Eagleton calificó el estilo de Jameson de medio intencional y dislocado que «aleja pero no parodia a su objeto» al tiempo que «niega de inmediato la quimera de un discurso político “de grado cero” y los atractivos de la “frase artística” mercantilizada»<sup>6</sup>. Más recientemente, la revista *Philosophy and Literature* ha tachado a Judith Butler de gran sacerdotisa de la oscuridad, dándole el cuarto de sus premios a la mala redacción. Esto tuvo la virtud parcial de suscitar una respuesta muy sensata de diversos escritores que demuestran que hay una larga historia de debates sobre la mala escritura, y que a menudo la oscuridad está en el núcleo de frases cortas compuestas por palabras de pocas sílabas<sup>7</sup>.

Todos los anteriores ganadores de este absurdo premio han sido teóricos (Jameson, Roy Bhaskar, Homi Bhabha), y todos de izquierdas. El intercambio entre Mulhern y Collini tiene un lugar en esta historia. Collini es, por supuesto, demasiado inteligente como para acusar a Mulhern de estilo inadecuado, pero su desconfianza del juicio definitivo al que aspira buena parte del argumento de Mulhern es palpable en todo momento. Y al rechazar las gratificaciones de la sociabilidad Mulhern es fiel a un legado personificado principalmente para los lectores ingleses por la figura de Althusser en las décadas de los setenta y ochenta, un cientificismo intimidatorio e inflexible que amenazaba con puntualizar las afiliaciones ideológicas y los deslices políticos con implacable claridad. Ésta era para E. P. Thompson una de las carencias de la teoría, evidente en su crítica al «absurdo mundo silogístico» de Althusser y en su propia reconversión de que «la historia desconoce los verbos regulares». La falsamente modesta asunción por parte de Thompson de un «idioma inglés» que permite, quizá, «que demasiada sensibilidad se mezcle con mi pensamiento» se incluye en una larga tradición

<sup>6</sup> Terry EAGLETON, «Fredric Jameson: The Politics of Style», *Against the Grain: Essays 1975-1985*, Londres, 1986, pp. 67 y 69.

<sup>7</sup> Jonathan CULLER y Kevin LAMB (eds.), *Just Being Difficult? Academic Writing in the Public Arena*, Stanford, 2003. Véanse, especialmente, los artículos de Margaret Ferguson, Robin Valenza, John Bender y el propio Culler.

de reacciones británicas al sentido racional francés, las cuales empiezan al menos con Descartes y adoptan forma definitiva con las infames y formativas denuncias que Edmund Burke hizo de la teoría francesa después de 1789. Las alegaciones que Thompson presenta contra «el proyecto de Gran Teoría: encontrar una conceptualización sistematizada total de toda la historia y de todas las ocasiones humanas», que él considera «la herejía original de la metafísica contra el conocimiento» siguen plenamente la tradición de Burke, aun a pesar de que se despliegan al servicio de fines sociales y políticos más compasivos. Como Burke en relación a los jacobinos británicos, Thompson vio en los althusserianos las tropas ofensivas de una «acción policial ideológica» y de esa forma confundió una lucha dentro de la izquierda con el diagnóstico del poder político sistémico: ni los jacobinos en la década de 1790 ni los althusserianos en la de 1970 tenían verdadera perspectiva de controlar el Reino Unido, y acusarlos de tal cosa era en realidad avanzar el trabajo de los alarmistas de derechas<sup>8</sup>.

### *La disolución de lo político*

Al revisar esta historia, a buen seguro conocida por muchos y olvidada por otros, no quiero proponer que exista una perfecta continuidad de conflicto no reconocido respecto a las afiliaciones políticas y a las consecuencias del estilo, y tampoco sugerir que Collini y Mulhern son una simple repetición de Thompson y Althusser. Collini es un interlocutor demasiado sereno para pasar por Thompson, que a menudo era un feroz polemista, y Mulhern, con su atractivo sentido del humor, sólo podría pasar por un althusseriano muy cortés. Sí deseo, no obstante, dejar claro que en la atribución de cualquier tipo de política a la obra de intelectuales y profesores, existe una larga identidad de duración con el antagonismo entre el lenguaje silogístico y el conversacional. Éste sigue siendo el caso en las cuidadosamente elaboradas perífrasis y las deliberadas digresiones de Collini (el material de un tipo de conversación), y en la observación que Mulhern hace del fondo sintáctico de la red<sup>9</sup>. El estilo de Collini sugiere una afiliación a la ampliamente circulante compañía de liberales habermasianos que se han mostrado partidarios de paradigmas de diálogo y conversación, a los que consideran portadores de un consenso alcanzable y felices mecanismos de sociedades civiles no estatistas: un modelo de mesa redonda del autogobierno que sólo puede, en nuestro mundo dado, cumplirse en situaciones de grupo pequeño. Cuando este modelo propone describir el todo, es o bien utópico (como a menudo ocurre con el propio Habermas) o visiblemente ideológico: una forma de

<sup>8</sup> E. P. THOMPSON, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres y Nueva York, 1978, pp. 28 y 46, iii, iii, 183. Véase también David SIMPSON, *Romanticism, Nationalism and the Revolt Against Theory*, Chicago y Londres, 1993.

<sup>9</sup> Un discurso diferente se puede rastrear en la predilección de Terry Eagleton por un bestiario monty-pythonesco de *wombats*, comadreas y la mangosta envenenada; que es como mi imaginario futbolístico, un intento de demótica.

limitar la discusión a personas muy preparadas y educadas. Es una conversación de negocios, con límites no pronunciados sobre quién tiene que hablar. Esto me lleva a mi título, que cita uno de los hábitos estilísticos más persistentes de Francis Mulhern, un sintagma nominal intensificador que se repite en puntos críticos de su argumento y marca el límite de los estudios culturales y el paso hacia algo más respetable y deseable: *la política como tal* [*politics as such*].

«Lo que aquí está fundamentalmente en cuestión es la política como tal», se nos dice. La misma «política como tal» es aquello de lo que Leavis se ha alejado de manera crucial y aquello que la *Kulturkritik* (volveré a este término) niega. La política como tal va acompañada de «la razón política en sí» y «la propia razón política»<sup>10</sup>. Éstas son las cosas que Mulhern considera amenazadas o negadas por la corriente de los estudios culturales, en su vida oculta como agente moderno de la *Kulturkritik*. Ambos son culpables de una «voluntad de autoridad metacultural», cuyo objetivo es «disolver lo político como ámbito de arbitración general de las relaciones sociales» y «movilizar la “cultura” como principio» en su lugar<sup>11</sup>. No se puede menos que simpatizar con el argumento de Mulhern contra la mezquina suposición de que considerar a la intermediación de la cultura, popular o de otro tipo, políticamente transformadora en sí y por sí misma (un tipo de estudios culturales) es de hecho adscribir demasiado poder a una mera disciplina perteneciente al mundo circunscrito de la enseñanza universitaria. (Hay, por supuesto, otro tipo que tiende a la postura opuesta: la de que toda la cultura popular es ideológicamente corrupta.) Mulhern se dedica a poner al descubierto la suposición de que la cultura es el vehículo de la política más densamente saturado, que importa más que cualquier otra forma de política, y que, por consiguiente, quienes enseñan y estudian la cultura pueden ser los sumos sacerdotes de un nuevo mundo. Aquí sigue la línea, por ejemplo, de Terry Eagleton en su reciente libro, *After Theory*, que recrimina a una corriente específicamente estadounidense de estudios culturales su reducción narcisista de la política a la política de la identidad, y la praxis al aula universitaria; como si entonar el nombre de Toni Morrison fuera a diseminar la revolución.

Pero ¿qué es entonces la política de aula? La «política como tal» de Mulhern se explica como compromiso práctico con las condiciones locales y un intento de «determinar la totalidad de las relaciones sociales en un espacio dado» y como «teoría y práctica de la sinopsis» orientada al «mantenimiento o a la transformación» (conservadora del orden establecido en el primer caso, y revolucionaria en el segundo). «La cultura está en todas partes; la política puede estar en cualquier parte», pero ello no es necesariamente así<sup>12</sup>. Es raro, por consiguiente, encontrar tan pocos ejemplos

<sup>10</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., pp. xix, 17 (Leavis), 148 (*Kulturkritik*), xxi, 67.

<sup>11</sup> F. Mulhern, «Más allá de la metacultura», cit., p. 64.

<sup>12</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., p. 170; «Más allá de la metacultura», p. 79.

específicos de lugares en los que la política como tal *esté* conectada con la cultura<sup>13</sup>. A pesar de la declaración que Mulhern hace de que su análisis es «de carácter [puramente] formal», y de que pretende evitar identificaciones particulares, el completo silencio que guarda respecto al emplazamiento cierto del intelectual universitario como combinación de figura pública, profesor y escritor deja un sentimiento de que la crítica de la cultura se imagina a sí misma siempre y totalmente política proyecta una alternativa sin sustancia<sup>14</sup>. De esa manera, el «como tal» se registra como una abstracción, un vacío teórico que nunca se llena. En cuanto uno empieza a rellenar los huecos, el desprecio general de Mulhern por los estudios culturales (como tales) me parece preocupante.

### *Enfrentamientos de aula*

Las páginas de una revista, de un libro o de un periódico son un lugar de trabajo; y también lo es un aula. Cada uno de ellos reproduce o afecta a un conjunto de relaciones sociales finitas con resultados sociales impredecibles. Últimamente, buena parte de la reflexión actual sobre este predicamento ha asumido un realismo/pesimismo (cada uno escoja lo que prefiera), derivado en general de Bourdieu, quien señala que todas estas funciones, especialmente las del aula, tienden a ser más reproductivas que revolucionarias. La convincente alegación presentada por John Guillory en *Cultural Capital* fue que pasar tiempo discutiendo sobre el contenido del canon que se enseña a los estudiantes de literatura supone un mal encauzamiento del esfuerzo y un mero simulacro de acción política. La principal función de los estudios literarios en la universidad es la de acreditar –separando a los sobresalientes de los notables y de los bienes, a los primeros de los segundos superiores e inferiores– y modelar una cierta versión limitada y limitadora de la enseñanza en el terreno de la redacción<sup>15</sup>. Con este fin, importa poco si los estudiantes leen a Shakespeare o a Toni Morrison (cuya novela *Beloved* es ahora uno de los libros más comúnmente enseñados en las universidades estadounidenses); lo importante es, por el contrario, discriminar entre los trabajos buenos, los no tan buenos y los malos que se escriben sobre ellos. Como «alta» cultura y lenguaje complejo, además, dichos textos están igualmente alejados de las conversaciones diarias de los estudiantes actuales. Dado que el capital cultural está fluyendo (de acuerdo con Guillory) de las lecturas literarias tradicionales a otros sectores del sistema de educación superior (más drásticamente, a las asignaturas troncales de formación profesional que conducen directamente a una profesión), podría considerarse que los estudios culturales (cuando se conciben como el estudio de la cultura popular) prolifere-

<sup>13</sup> El movimiento de los *tute bianchi* y el movimiento de las mujeres se encuentran entre los pocos que reseña. *Ibid.*, p. 103.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>15</sup> John GUILLORY, *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*, Chicago y Londres, 1993.

ran como parte de una misión para salvar parte de las humanidades frente a una marea de indiferencia. La antigua clase intelectual, fundada en los criterios tradicionales de conocimiento basado en la literatura y comprometida con dichos criterios, está siendo reemplazada por una «clase nueva» cuyo léxico deriva del teclado y de las gramáticas demóticas de un habla hasta ahora no autorizada. Un medio que los estudios culturales, en su esfuerzo por parecer actuales y modernos, se sienten a menudo obligados a incorporar a su esfuerzo por parecer actuales y modernos.

Guillory rechazó con rigor la ingenua pedagogía basada en la identidad, un reto para quienes piensan que enseñar cierto tipo de *contenido* literario (por ejemplo, novelas sobre la esclavitud) es eficaz o suficiente para constituir política como tal. Su libro ha influido mucho sobre los profesores de humanidades, y se está celebrando ampliamente. Es fácil entender por qué. Para aquellos (como Francis Mulhern) a quienes les exasperan las afirmaciones hechas por algunos exponentes de los estudios culturales, ha sido un establecimiento de límites bien recibido, un recordatorio de que la política efectiva radica en otra parte. Para otros, ha supuesto con seguridad una liberación de ciertas responsabilidades, exonerándolos de culpa por seguir enseñando a Shakespeare, Tennyson y otros varones blancos muertos. Pero la investigación de la afiliación y de las consecuencias políticas puede realizarse en cualquier aspecto de la cultura, pasado o presente; como dice Mulhern, la política puede estar en cualquier parte. Como principio de método analítico histórico, yo diría que *toda* cultura conduce a la política, y de dos maneras distintas. En primer lugar, no hay elemento de expresión ejemplar (también conocido como cultura), ya sea Tennyson o Toni Morrison, del que no pueda demostrarse que tiene o ha tenido cierta relación describible con una historia de lo que denominamos, para abreviar, conflicto de clases, y con una totalización descriptiva (una de las definiciones que Mulhern da a lo que la razón política hace).

Tal vez hayamos sobrepasado el punto en el que cualquiera puede teorizar útilmente sobre qué es la cultura, en lugar de ofrecer otra historia de lo que ha sido considerado como tal por antropólogos, sociólogos y críticos literarios. Ahora, la cultura no sólo describe las obras de arte, elevadas o populares, sino la dinámica de todo el intercambio social: trabajar, comer, dormir. Adorno vio en esto una causa de desesperación epistemológica: «En la prisión al aire libre en la que se está convirtiendo el mundo, ya no es tan importante conocer qué depende de qué; tal es la medida en la que todo es uno». En estas condiciones, «la cuestión de la dependencia causal de la cultura», concluía él, «adopta un aire provinciano»<sup>16</sup>. Quizás este desespere, reencarnado a modo de celebración, sea uno de los motivos de que se sobreestimara la adecuación de la cultura como política que Mulhern ataca: si ya no se pueden postular causas y efectos, todo tiene que ser personifi-

---

<sup>16</sup> Theodor W. ADORNO, «Cultural Criticism and Society», en Rolf Tiedemann (ed.), *Can One Live After Auschwitz? A Philosophical Reader*, Stanford, 2003, p. 161.

cado en el objeto cultural (como tal), que se convierte en sí mismo en totalidad expresiva. Nada hay que decir, por lo tanto, de la mediación y no hace falta reexaminar la problemática de base-superestructura (todavía raramente explorada en sus formas originales y a menudo ambiguas, a pesar de su importancia central para el debate inglés); ni la alegación althusseriana contra el *coupe d'essence* que refuta directamente cualquier perspectiva de encontrar en un objeto cultural el todo reflexivo de su momento sociohistórico (pasado o presente). Los elementos culturales siguen requiriendo especificación analítica en estos términos.

En segundo lugar, como principio de actuación pedagógica en el presente, la localización de la enseñanza está siempre inserta en un ámbito que puede convertirse todavía con más facilidad en objeto de totalización. Por consiguiente, enseñar un cierto conjunto de obras literarias o de otro tipo a un grupo específico de estudiantes en un lugar y un tiempo definidos (Oxford/Cambridge, facultad comunitaria, gran universidad estatal, grupo de educación de adultos) es participar en una clase intelectual y/o en un sector de la economía de servicios cuya estructura es a menudo perfectamente transparente: permanente o no, a tiempo parcial o completo, enseñando cuatro o 30 horas semanales, con uno o más puestos de trabajo, sindicados o no, respaldados por una gama de cargos profesionales, etcétera<sup>17</sup>. Una de las distinciones más visibles y díscolas en el sistema de educación superior estadounidense es la relación entre los profesores de «literatura» y los profesores de redacción («composición»), sobre la que mucho se ha escrito y se sigue escribiendo. A este respecto está en juego un debate sobre el contenido de la educación: ¿cuánto deberían escribir los estudiantes, sobre qué, y bajo qué condiciones? Pero hay también junto a esto una competencia por el reconocimiento en el trabajo inserta en condiciones de empleo y remuneración. La política de lo segundo afecta a la articulación de lo primero.

### *Trabajadores de la cultura*

En otras palabras, ya sea en el plano del análisis académico convencional de un instrumento (libro, película, canción) como algo inserto en la sociedad o en la historia, o en la realización de dicho análisis cobrando (con un cierto modo de expresión, como ya hemos señalado), es difícil negar que está funcionando algo de la «política como tal» de Mulhern, suponiendo que el profesor/escritor tiene una adecuada conciencia de la propia identidad (sin la cual sólo hay ideología, como en cualquier otra parte). ¿Qué es entonces, en opinión de Mulhern, lo que ha funcionado en contra de esta posibilidad en la enseñanza y en la redacción de los estudios culturales? ¿Cuántos de los que consideran que los profesan suponen que la cultura en el primer sentido (analítico-histórico) es la *totalidad* de la política, todo lo que

---

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, Evan WATKINS, *Work Time: English Departments and the Circulation of Cultural Value*, Stanford, 1989.



importa, como algo opuesto a ser considerado siempre rastreable hasta un momento político del pasado, y/o desplegado en ciertas direcciones en el presente? De manera razonable, Mulhern quiere disuadirnos de tomar al pie de la letra los argumentos de un Arnold o un Leavis, y las premisas implícitas incluso de los mejores de nuestra especie –Williams y Hall– sobre la fuerza políticamente formativa de la cultura como tal: una versión de lo que se ha denominado culturalismo.

Éstos eran argumentos históricamente situados, expresiones de temor al economicismo así como ante la amenaza que las nuevas tecnologías suponen para la enseñanza de las humanidades, y se pueden explicar como tales sin ser justificados ni fetichizados. También pueden interpretarse como respuesta al desprecio general por lo que Perry Anderson calificó de marxismo occidental tendente a sobreestimar al sector cultural por considerarlo bien un último medio revolucionario (la pureza o la ejemplaridad de la estética) o bien un indicativo articulado del fracaso político<sup>18</sup>. Pero ¿siguen estos textos fundacionales funcionando, lejos de su lugar y tiempo, como núcleo de una metodología general para los estudios culturales? El propio Stuart Hall ofreció una historia en la que considera a la Escuela de Birmingham una institución atrapada por completo en las tensiones del feminismo y la raza, incluso hasta el punto de su propia disolución; una historia que acaba con la afirmación de que «hay en el mundo una enorme diferencia entre comprender la política de la obra intelectual y sustituir la política por la obra intelectual»<sup>19</sup>.

Mulhern admite que su modelo de la disciplina es un «caso británico» y que el paradigma de Birmingham ha sido sustituido por una «indisciplinada red internacional convencionalmente refractaria a todas las reivindicaciones de origen, en especial cuando hacen referencia a un antiguo centro colonial»<sup>20</sup>. Pero ¿cuál es la fuerza de lo «indisciplinado» si el origen ya lo era? Y ¿en qué medida es convincente el propio origen? *Culture/Metaculture* parece sugerir que en la empresa de los estudios culturales se da una coherencia encubierta activamente desmentida por quienes los practican, que siempre se han resistido a que se impongan límites a lo que hacen y a su manera de hacerlo, en la causa de entender «toda una forma de vida» cuyo análisis no puede permitir restricciones metodológicas o «garantías» previas<sup>21</sup>. De esta forma, son sólo el caso límite de un eclecticismo metodológico que afecta (algunos podrían decir aflige) a todas las humanidades y ciencias sociales: el desplazamiento de la política sería entonces una tendencia genérica en la cultura universitaria, no un ejemplo limitado que rige los estudios culturales. ¿Existe realmente un núcleo de *Kulturkritik* que funcione en todo este agregado caótico de objetos y actitudes?

<sup>18</sup> Perry ANDERSON, *Considerations on Western Marxism*, Londres, 1976.

<sup>19</sup> Stuart HALL, «Cultural Studies and its Theoretical Legacies», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*, Londres, 1992, p. 286.

<sup>20</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, pp. xviii, 133.

<sup>21</sup> L. Grossberg, C. Nelson y P. Treichler (eds.), *Cultural Studies*, cit., pp. 2-3, 14.

Como mínimo, si queremos explicar el actual perfil de los estudios culturales hay muchos nombres y lugares a los que Mulhern ha dejado fuera de su diagnóstico (empecemos con Spivak, Said, Žižek, Butler, Bajtin, Ahmad, Baudrillard) o meramente mencionado sin análisis (Bhabha, Bourdieu, Eagleton, Jameson, Lyotard). Sorprendentemente han quedado sin analizar sobre todo los gurús posteriores a 1968: Derrida, Barthes, Foucault, Lacan, sin los cuales los estudios culturales (¿como tales?) de buena parte del mundo resultan sencillamente inimaginables. ¿Qué decir del feminismo? ¿Cixous, Irigaray, Wittig, Haraway? Seguramente no son sólo las versiones literarias de los estudios culturales las que presentan a estas y otras figuras como lectura esencial. Volviendo a los orígenes ejemplares, y escogiendo el influyente libro de Stallybras y White, *The Politics and Poetry of Transgression*, como prototipo para una variante de estudio cultural, leemos una declaración inicial sobre la influencia de cuatro obras completas, sólo una de ellas originalmente en inglés (la de Mary Douglas): las otras son las de Bajtin, Elías y Bourdieu<sup>22</sup>. O tomemos *Subculture: The Meaning of Style*, de Dick Hebdige (1979) [ed. cast.: *Subcultura: el significado del estilo* (2004)], con su reconocimiento del poder formativo que ofrecen las *Mythologies* de Barthes. Me pregunto si este modelo de movimiento basado en Williams y Hall, y sólo periféricamente influido por otros existió realmente. Mulhern respondería que su objetivo es señalar una tendencia, una forma discursiva dentro de los estudios culturales, no el de proporcionar una visión general. No obstante, vale la pena preguntar si esta reconstrucción, a pesar de los intereses de una articulación meramente formal, puede constituir una reificación. Uno puede simpatizar con la crítica de la fácil precipitación a dar por producidos efectos políticos, y al mismo tiempo preguntarse si Mulhern no estará ofreciendo un modelo reducido y parcial de una historia mucho más diversa, que tal vez incluya, en el conocimiento de «1968», así como en el actual lugar de trabajo académico, diversas versiones de política como tal. Otra cosa sería una historia específica de la Escuela de Birmingham, pero eso no parece ser lo que Mulhern propone. A buen seguro, dicha historia tendría que admitir que, después del 68, el imperativo que subyace a lo que acabaría clasificado como estudios culturales fue democrático y demográfico: considerar que la insistencia en que las formas de «cultura» no oficial merecían atención por ser un síntoma de las relaciones histórico-políticas. Esto puede haber llegado con un barniz residual de *Kulturkritik* en sus ocasionales reivindicaciones de *calidad* de la cultura común, pero ése no era el aspecto principal.

### *La localización de la Kulturkritik*

El ensayo de seguimiento de Mulhern, «Más allá de la metacultura», modifica un poco el anglocentrismo implícito del análisis que *Culture/Meta-*

---

<sup>22</sup> Peter STALLYBRASS y Allon WHITE, *The Politics and Poetry of Transgression*, Ithaca (Nueva York), 1986, p. ix.

*culture* hace sobre el estudio de la cultura, con una consideración sobre Adorno y Marcuse. Pero también en ellos encuentra fallos, inconscientemente interpelados por los fantasmas de la *Kulturkritik*. Por supuesto, Mulhern no es xenófobo ni defensor de la supremacía anglófona, pero una consecuencia no intencionada de la presentación que hace de la tríada supuestamente ejemplar de Hoggart-Williams-Hall es que pasa por alto las aportaciones alternativas, reduciéndolas a meros aditivos. Decir que Barthes, Derrida, Althusser y otros estaban ahí desde el principio es ofrecer una interpretación distinta del propio método central, y convertirlo quizás en un método ya disperso y que ciertamente no mantiene por completo el espíritu de la *Kulturkritik*.

Aquí tenemos de nuevo esa palabra. Es uno de los conceptos organizadores de Mulhern, y un concepto bajo cuya rúbrica se considera que residen casi todos los estudios culturales. Empieza, como ya sabrán los lectores, en el siglo XIX y principios del XX como una «sola formación discursiva» melancólica que imagina la cultura como la única (y perdida) autoridad social ahora tragada por la modernización y las masas<sup>23</sup>. Las aseveraciones posteriores sobre la primacía de la cultura popular, originalmente despreciada por la *Kulturkritik*, heredan inconscientemente la idea implantada por ésta de que la cultura es la «autoridad social soberana» y, por consiguiente, su «forma profunda»: de ahí la subsunción y el desplazamiento de la política como tal<sup>24</sup>.

En primer lugar, quiero registrar el posicionamiento de este término, incluso sin la cursiva que denota su ajeneidad (una decisión que Mulhern explica en las primeras páginas del libro), como algo todavía residualmente extraño, y siempre ajeno. ¿Puede la especificación de que la *Kulturkritik* es un fallo fatal en los estudios culturales dejar de sugerir una invocación de la *Kulturkritik* y, por consiguiente, de un contagio particularmente alemán? *Caesar non est supra grammaticum*. Si yo propusiera que la «política como tal» de Mulhern se convirtiera en «politics an und fur sich», sin la cursiva o sin comillas, ¿acaso no lo estaría calificando de hegeliano, por muy cuidadosamente que abogara por la naturalización del término, indicando que describe un gran relato discursivo del pensamiento europeo, o que se introduce debido a la falta de una expresión adecuada en inglés para lo que yo quiero decir? Volvemos al estilo, y a la estilización de lo extranjero. La pesadilla que se sienta sobre el corpus de los estudios culturales emana de Alemania y, más intencionadamente, su afiliación sigue siendo alemana: lo que inhibe la política como tal es la ideología alemana. 1968 *et al.* nunca tuvieron posibilidades. ¿Podría este tic estilístico, este afán de convertir lo extranjero en el mecanismo esencial de corrupción, quizás interpretarse (contra las intenciones declaradas por Mulhern y su historial de internacionalista sólido) como otro eco de la suspicacia de Edmund Burke hacia lo extranjero? (¿En el caso de Mulhern,

<sup>23</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., p. 19.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 22 y xix.

la teoría francesa y los ilustrados alemanes?). Mulhern podría responder diciendo que se trata meramente de una categoría formal que aparece en todas partes, y que no se atribuye a nadie<sup>25</sup>. Pero, si no tenemos en inglés un término adecuado para esto, porque la traducción literal significa otra cosa (como él afirma), ¿no estamos, de hecho, atribuyéndoselo a lo extranjero, y no simplemente como descriptor sino como origen?

### *¿Una tradición provinciana?*

Lo que me lleva a la sección de mi argumento que aborda la cuestión de «qué hacer». Muchos de los considerados por Mulhern responsables de abrazar con descaro la despreciada *Kulturkritik* —y no niego que de alguna manera la abrazaran— eran también partidarios explícitos de conocer lo extranjero. T. S. Eliot era un cosmopolita enérgico dedicado a la paridad de los principales idiomas y literaturas clásicos y europeos con el inglés. Leavis (sobre quien Mulhern ha realizado un brillante trabajo) estaba dispuesto, a pesar de todos sus provincialismos, a abogar por dar a Dante y a la literatura francesa un lugar importante en el programa de literatura inglesa. Ciertamente en ninguno de estos casos se da un instinto democrático. Leavis, por ejemplo, busca en Dante un «lugar sobresaliente» fuera de la «escena moderna», y su gusto por el francés denota una identificación convencional de clase con la lengua del intercambio cortés y la diplomacia, aunque esté respaldada por su obvia importancia para la poesía de las vanguardias<sup>26</sup>. Tras ambos está de hecho Matthew Arnold, convencionalmente despreciado por su adoración altanera a «lo mejor que se conoce y se piensa en el mundo», pero menos frecuentemente recordado por su convicción de que buena parte de lo que se ha conocido y pensado no se ha conocido ni pensado en inglés<sup>27</sup>. A pesar de todos los elitismos guardados en cada uno de estos polemistas de la enseñanza, los tres conservaron algo que debemos reconocer como la forma de lo extranjero, y un elemento sustancial de su contenido, como algo que debe desearse y divulgarse. No hablaron en nombre de la Inglaterra de Burke. Al tiempo que los exhumamos para buscar sus diversas limitaciones —y la mayoría de las historias de la disciplina de estudios del inglés lo hacen habitualmente, al igual que Mulhern— no deberíamos pasar por alto las partes de su programa que reflexionan sobre nuestros propios fallos generacionales.

Quizá pueda haber entonces coherencia en el silencio o la omisión que reúne la invocación por parte de Mulhern de las funciones negativas de la *Kulturkritik*, la interpretación parcial de sus exponentes anglófonos difun-

<sup>25</sup> Y los directores de esta revista, cuyas respuestas cuidadosas y consideradas han sido de gran ayuda para mí, se mostrarían de acuerdo con él.

<sup>26</sup> F. R. LEAVIS, *Education and the University: A Sketch for an English School* (nueva edición), Londres, 1948, pp. 62-63.

<sup>27</sup> Matthew ARNOLD, «The Function of Criticism at the Present Time», *Essays in Criticism: Second Series*, Londres, 1869, p. 36.

tos (Arnold, Eliot, Leavis), y el completo o relativo olvido de la francesa y otras teorías (y sus ocasiones históricas) con la génesis también por su parte de una disciplina normativa de estudios culturales a través de tres escritores varones: Hoggart, Hall y Williams. Estos escritores se presentan tanto, o más, por aquello de lo que carecen que por lo que ofrecen, para crear un espacio para una «política cultural» que todavía no ha llegado, o que todavía no se ha especificado más que de manera formal; y que siempre deberá fundarse en la discrepancia entre la cultura y la política<sup>28</sup>. Mi propio sentido de la discrepancia incluiría la existente entre la sociedad anglófona y otras sociedades, y la aporía pedagógica representada por la traducción (que siempre se intentará, nunca se completará, y sobre todo, siempre debe hacerse con perfecta conciencia de sus fallos y límites). Los estudios culturales, es cierto, se han centrado prácticamente durante toda su existencia en la exposición de sus propias tierras natales. Ésa es una de las formas en las que no han seguido la dirección de los *kulturkritiker*, cuyo internacionalismo no debería copiarse sin más, pero cuyo impulso formal hacia lo exogámico debería honrarse y adaptarse al presente. Las áreas opacas del mundo no son simples depositarias sentimentalizadas de la resistencia al inglés comercial internacional y a la novela del mundo anglófono: uno de sus nombres, por ejemplo, es el árabe.

La resistencia de los estudios culturales a lo extranjero (considerado como aquello que casi por definición no pueden estudiar) es mucho más preocupante que cualquier inversión residual en una preferencia por la *Kultur* frente a la cultura de masas y por ambas respecto a la política. Desde el punto de vista metodológico, los estudios culturales preferirán siempre un archivo estrictamente nacional, dado que la descripción densa que persiguen casi exige que nos ciñamos a lo que creemos conocer mejor. Y, si es en verdad cierto, como parece ser, que la institucionalización de los estudios culturales es un hecho especialmente anglófono, no quedará libre de la sospecha de realizar un esfuerzo de propaganda del nuevo orden mundial incluso en sus atenciones críticas a los lineamientos de un estilo de vida popular anglo (pero principalmente estadounidense) profundamente implicado en el fetichismo de las mercancías a todos los niveles. Igualmente, no hay desde hace un tiempo (si es que la ha habido alguna vez) una cultura tradicionalmente «nacional» en ninguno de los sitios donde existe la formación disciplinar (difícilmente una disciplina), de forma que la etnia, la globalidad, la hibridez (palabras de culto, que no obstante remiten, por ejemplo, a las condiciones del movimiento obrero transnacional, las cuales son al mismo tiempo sofocadas por las mismas) ya se han registrado entre sus condiciones de análisis requeridas. Resistirse a omitir lo extranjero como parte de la cultura nacional, dentro o fuera de sus fronteras, bien podría ser, estos días, una forma de política como tal, y con seguridad puede dirigir o ser dirigida a dicha política. ¿Quién cose nuestros balones de fútbol?

---

<sup>28</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., p. 171.